

fatídicamente, un oleaje de penas, de infortunios y melancolías; los cuales, sobre la propia colina de púrpura imperial, agobiaron un tiempo al segundo Moctezuma, para clavárseles, después, en los europeos corazones de Carlota y su consorte regio; muerto éste al golpe inclemente de cien balas, aquella hundida para siempre, en los rojos encrespamientos de la alucinación.

En "Ideas y Sensaciones", de nuestro Márquez Sterling, yo recuerdo haber leído unas "reminiscencias de México" en que habla de la "Ciudad triste", "invariablemente triste", "con el violento y mágico encanto de la golondrina de Arquipa".

Recojo y aprovecho, con entusiasmo, la atrevida frase como corte a mi crónica; pues me sirve, a la vez, para darle brillo de cultura, y oponerla a cuantos, de mal talante, me salgan al paso achacando al caotismo presente, esa impresión amarga, desoladora, de la primitiva Anahuac.

El artículo de mi director fué escrito va para quince años, en el pleno apogeo porfirista, cuando resucitaba, con mayores bríos, el fasto esplendoroso de 1810 — agonía de la colonia — tan gentilmente reproducido en labor "folhórica", por González Obregón.

Paz, riqueza, exuberancia, vida, plétora de vida, desbordaba entonces de Plateros a San Francisco, de San Francisco a 5 de mayo. Mas en el fondo de tanta suntuosidad, de

tan ruidosa, clamorosa existencia, el alma de lo inanimado — acéptese la paradoja — dejábase sentir con intensísimo imperio.

México, capital: "tumba de vivos!!" Está bien.

CON EL PRESIDENTE GUTIERREZ

El doctor Luis Santamaría, nuestro secretario de Legación, con privanza de Encargado de Negocios, en la rica República convulsionada, muy amigo, muy compañero, muy compatriota, ultra solícito, desde que nos dimos abrazo de cordialísimo encuentro, invitóme a deambular... en automóvil.

Le opuse:

—Nada de paseo sin objeto; necesito cumplir muchos encargos familiares; y, además, ejercer vigilante, la honrosa encomienda periódica: visitas y entrevistas. ¿Aceptas?

Santamaría, (con resignación). Bueno, ¿a dónde, entonces, nos diriges?...

Yo, (vencido de curiosidad). A Palacio. Interésame, sobremanera, la persona del general Eulalio Gutiérrez, presidente de aquí.

—No le encontraremos sino en su casa particular, del "Paseo de la Reforma".

Un lector: (malicioso) ¿Su casa?

—Su casa, voy a responderle añadiendo este término romano que, a propósito, me recordó zumbón abogado guatemalteco: "beati possidentes".

Claro. La morada del provisional fué de

alguien, era de alguien; mas, por el momento, pertenecía a la "suprema autoridad", con el título de "les da la gana a mis fusiles".

Ya estamos ante la opulenta mansión. Con sólo verla, se aprecia que sus legítimos dueños sabían de dineros y decoro. No le falta ni jardín gentil, ni escaleras y parterre señoriales, ni timbres heráldicos... Traspuesto el umbral, me hallo con dos opuestas notas detonantes: la de una refinada civilización, buen gusto, derroche artístico, linajudo abolengo, y la de un abrupto primitivismo, bárbaros instintos, abandono, tortuosos orígenes. Lo primero en las cosas, lo segundo en las personas — pensárase un palacio principesco, irrumpido por horda montaraz. (Después de todo...)

Avanzo sobre la alfombra hacia comfortable corredor, en el cual penden lienzos de Goya, y Rubens; varios primorosos gobelinos; algunos cautivantes aguafuertes. Un soldado sáleme al paso. Le conozco por el maüser que me enfrenta al pecho.

—Alto, grita.

—Soy escritor cubano, y vengo a ver al honorable señor Presidente, en nombre de la prensa de mi país — expuse ofreciéndole tarjeta.

Agradóle, sin duda, lo pomposo del tratamiento, y dióme paso, saludando con renegrido "jarano", mientras inclinaba su cuerpo cubierto de puercas vestiduras, pies metidos en deshechas "guarachas".

Otros "guardianes" semejantes, fueron deteniéndome hasta llegar a la antesala presidencial. Me recibe secretario o lo que sea: un personaje "chaparro", inquieto, parlanchín.

Dígole mis deseos. Prométeme transmitirlos a "Eulalio". Penetra en ancha pieza interior, y sale al punto.

—Le recibirá en seguida... Aguarde... Ha de tener mucho honor en verle... Lo supe anoche, por su Ministro...

Me ofrece a seguidas, la mano; gira; desaparece, en un torbellino de solicitantes: oficiales del zapatismo; comisión de americanos; dos, tres señoras; algunas peladitas...

Yo, siempre huroneador, sigo galerías adentro, mirando y remirando decorados, cortinajes, muebles; éstos de un ultra exquisito corte Luis XVI.

Iba precisamente a ocupar muelle poltrona, cuando apareció en ángulo extremo del edificio, hombre corpulento; de cabeza inarmónica, por lo pequeña, encima de unos hombros anchísimos; rostro impreciso; brazos caídos e inmensos; andar torpe, de quien acecha o burla a centinela.

Pensé: este es el héroe. Ya, en verdad, le conocía. González Blanco y Chocano, en su éxodo de extranjeros expulsados de aquel país, habíanmele descrito física, y aún moralmente, por hechos tales como el de derrochar en noche de expansiones,—mujeres y champagne,—cuatro mil dólares, y declararse, cierta vez, par-

tidario de sustituir fusilamientos por el guillotinaje—persiguiendo así el ahorro de parque. Luego Aldo Baroni al hacerle comentario periodístico, cuando la exaltación presidencial en Aguascalientes, enrojecióle, hasta presentarnos su figura bajo los siniestros tonos de un feroz carnicero, Breno o Gengis Khan de la época. Mas, con todo, bien pude repetir “in mente”—perdón, poeta:—si de lo vivo a lo pintado hubo siempre diferencia, en esta ocasión es ventaja de lo vivo, con ser tal la pintura. (Entre frente y cejas, allí, anidábale, en inhumana acechanza, la víbora del sistema Lombroso).

Me le acerqué un tanto sobrecogido; sin saber cómo abordarle; temiéndome despertar el recelo, las iras, de aquel omnipotente indio, acreedor a que el mismísimo “Huichilobos” le llamase: hijo!

Mis palabras, balbuceantes, leves, equívocas, fueron:

—Vengo desde Cuba, y me permito molestarle... una interview.

Nada contestó, desviándome los ojillos tenebrosos.

Insistí, con mayor inquietud:

—Vine, directo de la Habana, especialmente; sus declaraciones interesan en el exterior, sobremanera; y el *Heraldo*...

Ahora me clavó las pupilas, llevándome a experimentar sensación cortante. Sentí frío. Acaso leería... Un nuevo esfuerzo; y, pa-

ra agradecerle, díjele cómo el señor Flores Magón escribió en nuestro periódico unos artículos rudamente anticarrancistas...

Habló:

—¿Y nadie más?

Era, pues, indudable que sabía.

—No recuerdo; no estaba; quizá...

La presencia del vivaz secretario introductor, animóme. Su voz meliflua, suavizó la dureza seca del “provisional”. Sentíme menos inseguro. Reabordé el tema.

—Aspiraba...

—Sí, sí, —intercaló el joven chambelán.

Y dirigiéndose a Gutiérrez:

El señor Presidente contestará, por escrito, un interrogatorio.

Otra mirada fosca. Asentimiento.

¡Oh, alivio de la vida! Como quien se salva de bárbaro suplicio, escapé de la compañía de semejante “Jefe de Estado”; para mí, en un instante, por fuerza de sugestión, centro promotor de cuantos atropellos, misteriosas desapariciones, encarcelamientos y asesinatos, llenaban las crónicas negras de la Capital.

Sin conciencia de las preguntas, hice cuatro, en hoja de oficios, con los timbres de la República. Entreguéle el pliego al tan oportuno intermediario, suplicándole me despidiese. Volé escalones abajo, “como alma que lleva el diablo”.

Santamaría.—¿Qué impresiones?

Yo, (muy quedo, tras un gran respiro...) Espeluznantes...

Por la noche, al recogerme, un camarero del hotel entregóme, sigilosamente, enorme sobre cuadrado, con el sello de la presidencia. Aún temblé al abrirlo y extraer el pliego. Después, poco a poco, vestíme de calma. A tres renglones se me correspondía. ¡El cuarto! ¿Qué cosa puse en el cuarto? Es hoy y aún lo ignoro.

Con referencia al problema revolucionario, asegurábame:

“La situación política en nuestro país, desde que se reunió la Convención Soberana en Aguascalientes, ha mejorado notablemente, porque vino a unificar en su mayoría a los principales jefes revolucionarios; de tal manera, que se puede asegurar que casi han desaparecido las distintas facciones que surgieron a la caída del usurpador Huerta. Los mismos jefes carrancistas que por ahora no han reconocido al Gobierno emanado de la Convención, creo que lo harán pronto al darse cuenta de que nosotros no perseguimos personalidades, sino el llevar a la práctica los ideales de la Revolución.” (Texto riguroso).

En los otros apartados opinaba algo relativo a relaciones exteriores, con Europa y los Estados Unidos, con el Japón, con el A. B. C. y Cuba, formulando votos por la pacificación, al efecto de desenvolver su “trascendental programa de Gobierno”.

Dos días más tarde huía Eulalio Gutiérrez, silenciosamente, de México, para refugiarse en San Luis de Potosí. Llevóse su gigantesca humanidad, y diez millones de pesos de las arcas públicas. No adivino cuál será su fin. Tal vez alguien le atravesase el ventrudo abdomen de un balazo; tal vez muera de apoplejía fulminante, al quebrársele una arteria en su cuello de buey. Ahora, de cualquier manera, ya sea desde el hoyo anónimo o la tumba demarcada; muerto, bien muerto, en cada ocasión que le recuerde, sus ojos me perseguirán, tremendos, brutales, obsesionantes, helándome las venas, casudiéndome, con espasmódicos estremecimientos de tragedia, la médula espinal...

CON EL GENERAL LUCIO BLANCO

“Acude, corre, vuela...
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no descuides la espuela,
no des paz a la mano,
maneja fulminante el hierro insano.”

Estos versos imperativos, modelo de descripción, que aprendí en Giner, se me ocurrieron cierta noche cuando alguien hízome cálida alabanza de la vida épica de Lucio Blanco; capitán revolucionario apenas iniciada la rebeldía reivindicadora de Madero; y hoy en gloria de generalato, sólo empalidecida por su desleal comportamiento con el constitucionalismo, al evacuar — especioso — la “ciudad maldita”,

para volverse a ella, ofreciendo fama y pistola a los ocupantes: Villa-Zapata.

Recuerdo muy bien cómo se los ofrecí al elogiador, subrayándole zumbonamente:

—¿No cree usted que esta estrofa pueda haber influido en las aventuras del jefe sedicioso?

Sonrió primero; y, después, siempre admirativo, quiso disculpar la actitud del divisionario.

—Una mujer...

Culto era el buen amigo, mexicano, y por más de una hora, con palabra vivaz y copiosa, llevóme a gratísima incursión histórica, donde palpita el divino encanto de tanta tirana como ha forjado, bajo la égida de sus seductores hechizos, el destino de los hombres, y aún de los pueblos, desde Cleopatra perversa, a la "güera" Rodríguez, encontrándonos a Teresa Cabarrus, aquella manolesca española, "Notre Dame de Thermidor," frágil marquesa de Fontenay, ciudadana Tollien, amante de Barrás, princesa de Caraman Chimay!

Concluyó:

—Es que Lucio Blanco, por su tipo, cautiva; por su entendimiento, se deja cautivar. Tiene de los sultanes la figura mora; pero fáltale de ellos el desdeñoso imperio con que someter al harem.

Sujeto, así, en la capital, por la felina seducción femenina, pactó, claro, con los convencionalistas; quienes exaltaronle a dignidad de

Ministro de Gobernación. Alrededor del acontecimiento urdiéronse muchos y sensacionales comentarios en Veracruz: que si le tenían prisionero; que si le cambiaron su Estado Mayor por otro de la confianza de Villa; que si fué sorprendido en momentos de escape rumbo a San Luis; que si, en fin, juzgado "sumarísimamente," aprestábanse a fusilarle.

Estar yo en México, y no ver a semejante personaje, no entrevistarle, parecíame sobre falta de curiosidad afectiva, delito de descuidada indiferencia, en mis empeños de cronista. Pensándole iba ancha calle de Isabel la Católica abajo, cuanto atiné a descubrir, algo cerca, a grupo espeso de personas, con una al frente, caballero de finas maneras; talla armónica; cara altiva, trigueña, y la rúbrica varonil de unos bigotes azabachinos; traje con corte "chic"; guantes grises... Imaginéme en seguida a su Excelencia el mariscal Mehmed Djaleddín bajá, aquella admirable creación de Claude Farrere en "El hombre que asesinó". Por consiguiente: Lucio Blanco.

Y, en efecto, alguien de los del séquito, indito raquíptico, cacoquimio, a mis audaces preguntas, correspondióme:

—Sí, señor; es él, señor.

Oyéndolo, al punto, volviése el general, inquieto, molesto, sobrado aprensivo; y como inquiriera, autoritariamente, los móviles de aquel mi acercamiento y forma indagadora, le dí, sin titubeos, entera explicación.

—¿En qué puedo serle útil?—ofreció entonces.

—Pues haciéndome declaraciones políticas, relativas a su situación, a sus anhelos de porvenir, a su...

No pude concluir.

Con cierta languidez, decaimiento de ilusiones; y procurando aparecer donoso, mundano, "Gran Visir", fuéme adelantado:

—"Psch", no vale la pena. A mi departamento llegan informes contradictorios; mas, acaso, triunfaremos. Asunto revuelto, sin posible resolución inmediata. Esto no es Europa. Son otros nuestros recursos positivos de ataque y defensa; los ideales también son distintos. "Psch". Comprenda usted: Cuando el viejo dictador don Porfirio; cuando su secuaz, el mono travieso de Huerta; aún cuando Carvajal, el presidente relámpago, movíanos un impulso superior, irresistible, patriótico; ahora cambia. Somos la revolución vencedora que se parte por gala en dos; somos los copartícipes del poder, empeñados en no disfrutarlo; somos unos sujetos tocados por la epidemia de la guerra; somos... no sabemos lo que somos; ni tampoco tenemos esperanza alguna de saberlo!...

—¿Villistas, zapatistas, gutierristas?...

—Es igual, en resumidas cuentas. "Psch".

Atrevíme:

—En Puebla, sin embargo, se aseguraba que usted...

—Era un preso de Villa ¿verdad?

Asentí ligeramente, entre malicioso e incrédulo.

Repuso:

—Pues véalo, estos son mis carceleros; todos buena gente; incapaces; incondicionales...

Unánime genuflexión.

Púseme como a viviseccionar a tales seres, tan dúctiles, tan resignados, tan sin líneas interiores, por fofa aflojamiento anímico; seres fuera, en absoluto, de toda divisoria del bien o del mal, pero no, a propósito, con aquella descoyuntada entereza que un buen día preconizó Zaratrustra, subiendo a la montaña, sino al contrario, muy pasiva, muy negativa, muy menguadamente.

Más insinuaciones; más respuestas...

Cruza ahora brusco, tronante, un lucido automóvil, llevándose la carga gentilicia de pulposa fruta de pecado; jovencilla rematadamente loca y tentadora, que clava en nosotros las esmeraldas de sus ojos con exquisita malignidad, mientras suelta de la mano enguantada el pájaro suave, leve, impalpable de las femeniles gracias...

Blanco, aquí, se reanima, toma apostura garbada, sonríele donjuanescamente al aire perfumado que queda.

—¿Quién es? ¿quién es? interroga.

Un militarcillo, fino, avizor, diligente.

—Margrta *la mística*, mi general Lucio Blanco.

Cámbianse al punto muchas miradas; algunas menudas frases; tímidas consideraciones relativas a S. M. de paso...

El general se decide, y, a mi misma presencia, secretea a dos de la escolta. Recogen el mandato; se inclinan; parten... De llevar ambos las elegantes levitas ajustadas al talle, turbante, o gorro de astracán, creyéraseles pareja de eunucos, de los vistos en Estambul por el referido novelista galo.

Sin tregua, aquí, la mano del "señor" se me tiende en despedida con cierto desgane. Blanco inicia otra vez la interrumpida marcha, ancha calle de Isabel la Católica arriba. Va vistoso, va sonoro, va espectacular. Le sigue la cohorte de servidores, ganosos de estrecharle en sus servicios, en sus solicitudes, en sus dejasiones personales.

Avanzo todavía unos pasos, otros, otros, otros... Vuelvo la cara y columbro, a lo lejos, la máquina feliz.

Y aun pareciome como subían a ella los dos fáciles emisarios y como la rica pluma amazona del sombrero de Margarita *la mística*, agitada por el viento álgido de la media tarde, cosquilleábales a ambos el rostro barbilimpio, en versallesca caricia... para el seducido Sultán!!...

LA SOBERANA CONVENCION

Imaginaos un recinto a la manera de nuestra Cámara de Representantes; pero más capaz

y suntuoso. Abajo, en el semicírculo de las poltronas patricias, ocupándolas sañudamente, descúbrese a cien prójimos en confusión pintoresca, ostentando, unos, plebeya indumentaria de mangas de camisa, y sendos sombrerones charros; otros, traje a la moda tejana; muy pocos, el severo vestido ciudadano. Arriba, en la tarima presidencial, al centro, resalta tipo enteco, barbi-peludo, de tupé, quevedos áureos equilibrándose sobre la nariz semítica, gestos simiescos; a su derecha siéntase un hombro de rostro chato, color aceitunada, aluvión de negros pelos cubriéndole la boca; a su izquierda, Eulalio Gutiérrez—¿lo recuerdas, lector?—taciturno él, denso él, mastodóntico él. Detrás, en fin, arrínganse seis personajes, entre uniforme y uniforme, traje civil.

He aquí, a trazos de esbozo, la Soberana Convención de Aguascalientes, en su auge capitalino.

¡Y pensar — pronuncia amable acompañante—que esto fué en una época augusto recinto de rama congresil!!...

Después, naturalmente, apuntó el comentario.

Aquella bóveda de la magna casa sabía — ¡cómo no! — de varias y elocuentísimas resonancias; sabía, bien, lo mismo de la palabra acometedora, que de la serena, que de la ática, que de la sapiente, que de la sibilina, que de la viril, que de la armoniosa, y la anecdótica, y la mandoblesca, pisando la solemne tribuna

plantas de Batalla y Calero, de Olagibel y Pineda, de Bulnes y Lozano, de Urueta, de Querido Moheno, de Cabrera. Y acostumbradas estaban las blandas curules a ofrecer, por sus legítimos dueños, mundanos acicalamientos: parisinos, londinenses, "rastaqueurs", con Sierra Méndez, con Braniff, con Carlitos Argüelles. Ahora . . .

Sí, en verdad, aquello daba grima.

Debatíase nada menos que la implantación en la República del sistema parlamentario — ¡oh, noble memoria de Mosca! —; un sistema parlamentario singular, único, burlesco, pues encaminábanlo tan sólo a deponer al "provisional." Léase si no semejante artículo del Proyecto de Ley, con sus cuatro peregrinos incisos:

"Tercero: — La Convención, constituida en Gran Jurado, y mediante el voto de las dos terceras partes de los Delegados presentes, podrá destituir al Presidente Provisional de la República, por alguna de las causas siguientes:

I.—Si el referido funcionario viola o deja de cumplir los acuerdos de la Soberana Convención, y entre ellos, los principios del Plan de Ayala, que fueron aceptados por la misma en Aguascalientes.

II.—Si el Presidente atenta contra la Soberanía y la integridad de la Convención.

III.—Si se separa de la Presidencia oficial de la Convención sin permiso de ésta o de la Comisión Permanente, en su caso.

IV.—Si resuelve cualquier negocio de alta

política, sin previo acuerdo del Consejo de Ministros."

Quien primero consumió turno, en pro de la medida, fué el general Montaña, aquel hombre de la cara chata, y la color morena. Alzóse de improviso en la cátedra legislativa, irrumpiendo, súbito, en amplia catarata de gritos destemplados y ademanes furiosos.

Con los oídos cubiertos, mirándolo así, a secas, pensaríase ser él, vulgar sacamuelas o pobre vocinglero de feria, alguien que ofrece específico "cúralo todo", o anuncia la próxima función de una comparsa ecuestre. Cuantos como yo le oyeran, de ser algo cultos, habrían de exclamar: ¡babieca audacia!, pues ningún otro impulso pudiera influir en nadie, para llevarle, fundamentando asunto tan trascendental como un cambio de Gobierno, a esta mezcla heteróclita de nombres: Victor Hugo, Chateaubriand, Juan de Dios Peza, Lombroso y Roque Barcia!! . . . El remate del discurso — ¡profanado vocablo! — no ha podido olvidárseme.

—Idos, mis queridos correvolucionarios a la Francia, a la España, a la Italia, y os encontraréis el regimen recomendado en este proyecto, de libertad, de justicia y de progreso, con que se tomó la Bastilla!!

(Frenéticos aplausos).

Peroraron luego hasta seis convencionalistas, cada cual mereciendo el irónico apóstrofe del poeta:

“Para arador te sobran más de cien, para orador te faltan más de mil.”

Uno de los concurrentes, en último término, atrevióse a combatir lo propuesto. Y entonces ardió Troya, bajo una explosión de voces al aire, puñetazos en los pupitres, revólveres al pecho, vivas y mueras desaforados.

González Garza, erguido en pie su metro de estatura, exclamó:

—Señores, en nombre de la Convención Soberana, con mi soberana presidencia.

Soberano el ningún caso que le hicieron.

Rompe la campanilla en fuerza de sacudir la, procurando orden. Retiran del salón al intrépido opositor. Renace la paz en los enardecidos espíritus. La cuestión apruébase de plano.

—¿Y Gutiérrez? . . .

—Gutiérrez allí, clavado en la silla siniestra, apurando el calvario de su ambición, taciturno, denso, mastodóntico. . .

Me situé, al salir, en el corto vestíbulo del edificio, pretendiendo abordar al señor Garza. Precedióle un desfile curiosísimo de Jefes y Jefecillos. Dos de ellos, zapatista y villista, iniciaron allí mismo violenta disputa.

—Ustedes, increpóle el segundo, son cobardes, unos bueyes que corrieron de Puebla como gallinas. . .

Tira el otro del arma. Van a agredirse. Evítase en el momento la sangrienta contienda; mas luego, por rarísima casualidad a mi pre-

sencia, se dispararon e hirieron mutuamente, en el pórtico del “Principal”, teatro donde actuaba la compañía de nuestro Gutiérrez.

Aún dominando el rebullicio de tal pugna partidarista, aparecióse el fatuo figurón: inquieto, parlero, acariciándose barba y lentes con gesto de opereta; digno, por todo, de figurar en página humorística de Eca de Queiroz.

Abordéle entre despectivo y tímido. (El, en sí, parecíame “cosa” insignificante; por su representación autoritaria ¡tenía en sus manos el hilo de tantas vidas, la mía la primera! . . .)

—Señor: deseaba conocer el criterio suyo respecto a los acontecimientos del país.

Detúvose. Engoló la voz. Hubo de meditar extensamente. Prodújose de esta guisa, más que hipócrita, aviesa:

—El honorable Presidente de la República, y su Ministro de Gobernación participan que nada debe temerse. Vendrán refuerzos. Haráse defensa de la plaza hasta vencer o sucumbir. La Soberana Convención apoyará sin reserva las disposiciones del Ejecutivo, que ella, a su vez, designe. . . o confirme.

Me dí por satisfecho. Ya después, de camino para el “Isabel”, dentro, muy dentro, soliloqueaba:

—Esta gente no resiste el parangón con la otra. Le dominan la falsa desconfianza, el taimado recelo, cierta inocultable perfidia, de bandos. Carecen de ideales puros, de cerebros pensadores, de brazos dispuestos, de unidad, de

dirección, de fuerza. Instante ha de venir en que abandone atropelladamente la capital, so pena de perecer en combate, o sufrir apresamiento. (Yo que sabía el avance tenaz, vengador de los constitucionalistas).

Cuando llegaba al hotel, acercábase también Blanco. A su encuentro, bajé rápido la vista. Tenía el temor de delatarme a uno de los todopoderosos. Como me conoció, displicentemente, interrogóme:

—¿Qué impresión saca usted de nosotros?

—Magnífica, le respondí... Y atropellado, raudo, con ansias de irme, le ofrecí saludo de buenas noches, yendo a refugiarme a la alcoba; alcoba tibia, plácida, confortable, que conoce bien las inquietudes, los desvelos, la atroz pesadilla encalambradora de mis agudos nervios, en aquellas ocho horas fatales señaladas con signo rojo, en el índice de las aventuras del viaje.

DE RETORNO . . .

HACIA OMETUSCO

Era fatigosa; era punzadora; era violenta la estancia, en México, de los propios moradores pacíficos; suponed, pues, la mía, visitador, y advenido de la línea carrancista, tras el funesto trastorno de Eufemio Zapata, y sus huéspedes, arrojado, más allá de extramuros, en la febril jornada angelopolitana.

Reconstituyéndolo ahora, cruzan, llamean a mi vista, como siniestras exhalaciones, las balas asesinas, despedidas de aquel automóvil, hecho artefacto infernal, calles céntricas arriba; escucho, repercuten en mi interior, sonoramente, los choques broncíneos de las campanas cristianas, al ser arrojadas desde lo alto de cada torre contra las baldosas de granito, para luego, recogidas, revertirlas a materia informe, y aprovecharlas en moneda de curso; asaetan, quémanme el espíritu los encendidos recuerdos de tanto brutal relato, de tanta cruda escena de mise-